



# EL NEGRO FRANCISCO

Por Carmen de Alonso

*No sé si en dorados lomos  
de camellos o leopardos  
va cabalgando hoy el sueño.  
No sé si cruza desiertos  
o goza apretada selva;  
lo cierto es que aún no viene  
y que mi niña lo espera...*

Esto pasó hace muchos, pero muchos años, en un país en que todas las gentes son negras. Negro el Rey, negra la Reina, negrísimos como el carbón hombres y mujeres, e igual que grandes muñecos de chocolate, con un pelo en motitas de azabache, los niños y las niñas.

Ahi en ese país, entonces, vivía el negro Francisco, que era el negro más flojo que hubo y habrá en todita la tierra. No quería sino pasearse descansando, y dormir, estirarse y bostezar.

Bueno... lo cierto es que un día —yo no sé cómo— supo el Rey de la flojera del negro Francisco y quiso convencérse personalmente de lo que decían.

Salió una mañana de su palacio, que era muy lindo, todito de mármol, con unos torreones y unas cúpulas que parecían empinarse hasta el mismo cielo, y llegó hasta el claro del bosque, que era donde trabajaban los negros compañeros del negro Francisco, unos cortando con filudos hachones unos pinos muy altos, otros cargando los gruesos troncos, y otros, en fin, iban de aquí para allá reuniendo brazadas y brazadas de ramas para hacer leña.

Sólo el negro Francisco descansaba sin preocuparse de nada, estirado y contento, a la sombra de unos pinos.

Cuando divisó al Rey, fingió hacerse el dormido profundamente y apretó así bien los

párpados sobre los ojos, que le blanqueaban en la cara obscura y brillosa como recién frotada con betún.

El Rey, entonces, hizo que uno de sus sirvientes sacudiese al negro Francisco, hasta despertarlo, y éste comenzó a estirarse y a bostezar, lo mismo que si hubiera sido sorprendido en el mejor de los sueños.

—Negro sinvergüenza —le dijo el Rey—. ¿Qué haces aquí?

*—No se enoje, amito Rey,  
pero diré la verdad  
y es que barriga vacía  
nunca pue trabaja.*

Se disculpó el negro flojo, poniéndose a duras penas de pie y sin dejar un instante de restregarse mucho los ojos soñolientos.

El Rey, que era muy bueno, creyó que en verdad el negro Francisco no trabajaba porque tenía hambre, y mandó que le dieran de comer todo cuanto pidiese.

Para qué decir nada del alegrón del favorecido, que comenzó a dar vueltas a saltitos en torno al Rey y a hacerle reverencias y más reverencias para demostrarle su gratitud.

Volvióse después el Rey a su palacio, muy agradado de haber descubierto una tan fácil medicina para la flojera del negro Francisco, y decidió volver en la tarde de ese mismo día para darse el gusto de verlo trabajar por primera vez en su vida; pero cuál no sería su sorpresa e indignación, imaginate tú, cuando de nuevo encontró al negro panza arriba y durmiendo que era un contento.

Enojadísimo, el Rey ordenó que lo despertasen, y no bien hubo el negro entreabierto los ojos, le dijo muy molesto:

**El Negro Francisco [artículo] Floridor Pérez.**

**AUTORÍA**

Pérez, Floridor, 1937-2019

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1983

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

El Negro Francisco [artículo] Floridor Pérez. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)